

# B A L M E S , O EL MÁS SENTIDO DE LOS BUENOS SENTIDOS

P o r F É L I X R O S

**H**ALLABASE el general Narváez en el apogeo de su poder, con el favor de Palacio, con el apoyo de las Cortes, con la adhesión del Ejército, con bastante fuerza para tomar por sí la providencia de desterrar escritores públicos, y con suficiente osadía e imperiosidad para emplear en nombre de la Reina un lenguaje destemplado contra un tío y un primo de la misma Reina; y en aquellas circunstancias, cuando nada resistía a tanto poderío y favor, el que esto escribe publicaba en *El Pensamiento de la Nación* un artículo, fechado en París en 29 de junio de 1845, donde se lee el siguiente pasaje: «Lo único que puede aguar tanta »dicha es la poca seguridad de la duración. Y no nos referimos »con esto a insurrecciones armadas, ni a conspiraciones, ni a coaliciones, ni a intrigas de Corte, ni mucho menos a cansancio del »partido que le sostiene. No pensamos en nada de eso al considerar la inestabilidad del general Narváez; no necesitamos pensar

»en nada de eso... Si en una vasta llanura, azotada por los huracanes, viéramos un hombre osado, de pie en el vértice de una »altísima pirámide, no preguntaríamos quién le derribará, ni sabríamos responder a quien nos lo preguntase; semejante equilibrio nos parecería por necesidad *poco* duradero; presagiaríamos »una catástrofe.»

Aguafiestas, constructivo aguafiestas, el bueno de Balmes sintetizaba ahí su vigilante—no timorata—política ante la de sus contemporáneos. Los hechos le dieron la razón.

Resulta excepcional nuestro hombre en aquella sociedad isabelina, que, contemplada de tiempo, nos aparenta un certamen de frenesíes. Desde los desmeollados figurones hasta quienes la época supuso taimados de redoma, ni uno se salva. Lo que cada cual voceó sus principios, fué, de veras, sus principios y su fin, su *requiescant in pace*. Porque aquéllos le arrastraron a éste, entre sombrerazos, guantazos y pistoletazos románticos, y era necesaria una cabeza clarísima para pretender, entre los mil Scilas y Caribdis, enfilas corrientes, o conciliarlas y ligarlas, para sortear cada tozudez... elevada el cubo de su honor. Cubo de castillo, desde luego.

La tonsurada cabeza del vicense poseía esa claridad, y con el mérito extraordinario de asentar sobre un violento corazón. Tílesele de cualquier cosa a Balmes, menos de frío. No se nos aleguen *Lógicas* ni *Criterios*. Ardiente payés, aparcerero total, con conceptos extraídos de la tierra bajo el mismo azadón que colmaba los silos, esas verdades inconcusas erígen en andamio de su cabrilleante pensamiento. No las traiciona nunca, y mucho es en quien tanto fintó. La filosofía balmesiana, así, superpráctica—immediatizante, repentizante, *verbigraciate* por la vida que corre junto a nosotros—, no alcanzará nunca aquel grado de especulación a que, de regir con su cerebro, la hubieran alzado los pavorosos caballeretes que nuestro hombre apaciguaba. Ese buen sentido con que, abandonando el desierto alcázar de su biblioteca episcopal de Vich, Peña Pobre de imperturbables libros, entrase Balmes, lleno de pasión, como el inmortal Hidalgo, pero categórico de *Barbara*, *Celarent*, *Darrii*, *Ferio*, *Baralipton*, a «arreglar el

país»—según sus paisanos comentarían bajo los pórticos de la maravillosa Plaza Mayor—, conmueve al más duro. Era el buen sentido, sí; pero no gélido, en conserva, sobre categorías morales normativas y normalizadoras (al modo que el sedentario, y un tanto hurón, Luis Vives)... El de Balmes era un buen sentido sentidísimo, dolido, sufrido en la propia entraña, y con tan dramática aceptación, que con ese dolor y de ese dolor vive; y no quiere desprendérselo como cáscara, y extrae un acento optimista, fecundador, engendrador, prolífico, de él... Jamás claudicaría en que, tan sentido, se le convirtiera en «el más sentido pésame» para cuanto le desazona de su mundo y de su patria.

Pues todos, en el reciente centenario, han hablado más del filósofo para entronizarle en nuestras generaciones bajo el tejuelo—esotérico por demás—de meditativo, interesa traer a colación al tenacísimo payés de noble cabeza romana, propicio a los berengenes y a desenvolverse en ellos con escalofriante naturalidad. Interesa el vigía de su tiempo, que no perdona traspíes, que le predica al lucero del alba con selvático aplomo y semántica exactitud; en una palabra, el político fenomenal, de paso recto y zancudo—como suelen los curas de campo—, que se escondía en Balmes.

Nadie más lejos que él de las que pudiéramos llamar «ideas artísticas sobre la vida»; nadie más cerca de las «ideas humanas». Recorramos, redespaciemos las 3.000 y pico de grandes páginas que, espléndidamente editadas por cierto, nos brindan hoy hasta el más oscuro de los escritos del de Vich (1). Inútil buscar en ellas un regodeo ante el paisaje, una emoción artística que no aparezca soliviantada por la moral o lo religioso. Sus trataditos, siendo, como son, modelos de gracia expositiva, de impecabilidad pedagógica, no resquician una sola vez escape a temblores estéticos de primera mano. Todas las inefabilidades de Balmes vienen autorizadas por lo que, con cierta mala intención, yo denominaría «el constante uso». De Aristóteles, a Baumgarten, línea matemática-

---

(1) JAIME BALMES: «Obras Completas».—Dos vols. en 8.º mayor; 3.200 páginas.—Editorial Selecta.—Barcelona, 1948.

mente exacta, que él se guardará muy mucho—con probo esmero—de contravenir. Balmes no afirma que «su reino no es de este mundo», porque considera imprescindible que lo sea, si ha de ser luego del otro, y precisamente para lo último no ve más fórmula que lo primero. Ahora: ese tercer mundo intermediiísimo del Arte, que a nada conduce, no le desvela. Él: o su biblioteca episcopal, que es Dios, o sus periódicos de combate, que es el mundo, aunque un mundo misional y con buenos propósitos. Los caminos que él se barrunta desviarán, por apetecer semifines propios, de aquel concreto, queden para nefelibatas y demás ralea.

El capuchino P. Basilio de Rubí, que ha prologado y anotado a la perfección estos dos volúmenes de «Obras Completas», nos refiere la intemperante, y tan simpática como absurda, actitud de Balmes con el general Espartero. Al cabo de la primera guerra carlista, Espartero celebró su victoria junto a la Reina regente María Cristina y la aún niña Isabel. «... Adicto a la revolución progresista, hizo en Barcelona, el 15 de julio, el paso de comedia de renunciar ante las Reinas a todos sus cargos y honores, y, con pretexto del motín que él mismo provocara, exigió... la deposición de su Gobierno y la aceptación de la lista de ministros que él les presentara. Las Reinas, en situación de verdadero secuestro, tuvieron que aceptar sin regateos la lista...» Mientras ellas van a Valencia, el general pasa a Madrid. A los pocos días la revolución progresista de noviembre (1840) le dió todo el poder, obligando a la Reina madre a resignar la regencia en sus manos. Mientras ella escapa al extranjero, la futura Isabel II cae, en la Corte, poco menos que prisionera del dictador.

«Balmes, cual otro pastorcillo David ante el gigante Goliat, sintió verdaderos deseos de enfrentarse con aquel coloso», escribe el Padre Basilio. Y, efectivamente, hizo estampar su opúsculo *Consideraciones políticas sobre la situación de España*. «Muchos que ahora la echan de valientes (comentará el propio filósofo cuatro años después) no se hubieran atrevido, y menos en Barcelona, a publicar semejante escrito... No tenía ninguna defensa, y hasta mi propio estado podía prevenir contra mi persona...» Notamos, pues,

que, como en la referencia a Narváez que lazarea estas líneas, nuestro hombre anticipó con energía peligrosa los males que de la situación gubernamental deberían, impepinablemente, sobrevenir.

No cejará un punto en su empeño. En los «Documentos» dirigidos al Marqués de Viluma en 1846 dispone su después tan manoseada tesis para el golletazo de las luchas dinásticas: el matrimonio de Isabel con el Conde de Montemolín. Hubiera ligado las dos ramas borbónicas, y la fundamentación de cuanto sugiere Balmes da en testimonio político de alta escuela.

Pero una cosa es lo justo; lo político, otra. A los de *El Herald* no se les ocurrió más que acusarle de carlista y—venenosamente—de *gratitud* hacia las Vascongadas... Lo cierto es que no le hizo caso nadie y que desgastó sus empeños como yesca. Hasta que el difícil empeño de otro de sus opúsculos, *Pío IX* (1847), desencadena tal campaña contra nuestro autor, que, como repitieron sus más conspicuos biógrafos, el libro acaba con él.

De entre aquéllos, no pocos, niéganse a considerar a Balmes como político. Han estudiado con más anchas horas y seso que yo su personalidad, y poco me valdría discutir. Pero no creo que nieguen la *courageuse* matemática con que su espíritu de combate acude, Dios y España en ristre, a donde se turbamulten las sendas desde este reino al otro... Con diafanidad extremada: «Las revoluciones no son tan temibles cuando se ha intentado introducir evoluciones.» Y cantando, educadísimamente, las verdades del barquero. ¡Ah!, y sin abandonar la enunciada postura de David: que es la de eterno niño en todo, puesto que «niño» le llamaba Menéndez y Pelayo.

